

NOCHE ETCÉTERA

Colección Narrativas Oblicuas

NOCHE ETCÉTERA

Alberto Trinidad

obvcuas.
ediciones

© Los territorios recobrados (2016-2019)

(Una *trilogía* de cuatro novelas autónomas, que se remiten entre sí, compuesta por *Territorios inhóspitos*, *Territorios sonámbulos*, *Asterisco de mar y alga sobre las rocas* y *Noche etcétera*)

Si deseas más información sobre estas u otras obras del autor, puedes escribirle aquí: alberto.trinidad@edicionesoblicuas.com

© 2023, Alberto Trinidad

© 2023, Ediciones Oblicuas

info@edicionesoblicuas.com

www.edicionesoblicuas.com

Primera edición: 2023

Diseño y maquetación: DONDESEA, servicios editoriales

Ilustración de portada: Héctor Gomila

Imprime: ULZAMA

ISBN: 978-84-19246-76-9

Depósito legal: B-1720-2023

ISBN Ebook: 978-84-19246-77-6

EDITORES DEL DESASTRE, S.L.

c/Lluís Companys nº 3, 3º 2ª.

08870 Sitges (Barcelona)

Queda prohibida la reproducción total o parcial de cualquier parte de este libro, incluido el diseño de la cubierta, así como su almacenamiento, transmisión o tratamiento por ningún medio, sea electrónico, mecánico, químico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin el permiso previo por escrito de EDITORES DEL DESASTRE, S.L.

Impreso en España – *Printed in Spain*

Cuando Mirko Luna abrió aquella carta, el minuterero del reloj de pared de su salón rozaba con su lento tránsito el dígito número nueve. En el cielo, una pequeña nube gris, que parecía haber permanecido quieta durante horas, ocultaba de pronto el sol, provocando unos instantes de sombra. Unos instantes de sombra, pronunció Mirko mientras abría la carta y desdoblaba el papel que había dentro. Enfrente de él, en una perspectiva diáfana pero a cierta distancia, había un edificio de cinco plantas; en la cuarta, a la altura de sus ojos, vio a una mujer.

Cuando Mirko Luna se dispuso a leer aquella carta, en una terraza del edificio de enfrente había una mujer, sentada en una butaca y con un cuaderno apoyado en sus rodillas. De vez en cuando, la mujer escribía en ese cuaderno. Mirko no estaba seguro de haberla visto antes. O, pensó, tal vez en otro sitio, en otras circunstancias. Ni siquiera tenía claro que ese edificio hubiera estado el día anterior ahí, enfrente. La mujer, de abundante pelo rizado, vestida tan solo con una camiseta larga sin mangas que le cubría hasta las rodillas, dejaba la

mirada perdida en uno u otro lugar, en algunos momentos se diría que en dirección a donde Mirko leía aquella carta, y luego se ponía a escribir. A ratos dejaba el bolígrafo encima de la mesa y bebía de una taza un líquido indeterminado, que bien podía ser café, té, manzanilla o simplemente agua.

Con la carta en las manos, Mirko sentía el silencio que había a su alrededor como el barbecho de una presencia siempre a punto de delatarse. Siempre a punto de delatarse, dijo. La mujer en la terraza escribía, de una manera en la que Mirko quiso interpretar cierta inercia, el derrotero de algo que se hace por costumbre pero siempre de un modo diferente. El minuterero de un reloj de pared señalaba sin ganas el dígito número once.

Mirko volvió a doblar la carta, en cuyo remite podía leerse el nombre de la Noche, y la introdujo en el primer cajón del buró que había detrás del sofá. Luego cruzó la estancia y abrió la puerta para marcharse; cuando lo hizo, sintió que debía despedirse de alguien, de su mujer, y también de sus hijos, que estarían en su dormitorio haciendo los deberes. Se giró y vio el salón de la casa solitaria. Vivo solo, dijo, no tengo hijos, ni esposa, reiteró. Como un mantra aprendido de memoria que deja de tener sentido de tanto repetirlo. Pensó en la carta, en el nombre de la Noche escrito en su remite. Tuvo la tentación de regresar sobre sus pasos para comprobar si la mujer de pelo rizado continuaba ahí, en la terraza, escribiendo en su cuaderno. Pero finalmente se marchó: dio un portazo y se fue a la calle.

Se estaba haciendo de noche. La agradable temperatura de la tarde dio paso a un viento frío, que hizo que Mirko Luna se abrochara la cremallera de su chaqueta. Se ha levantado fresco, ¿verdad?, dijo alguien junto a él. Mirko pensaba en la arquitectura imposible de una ciudad extranjera, en las calles

inconexas que la circundaban. Sí, dijo, está llegando el invierno. El hombre que tenía a su lado afirmó con la cabeza.

—Vamos, se nos hace tarde.

Después de atravesar en silencio un par de manzanas, entraron en el bajo oculto de un edificio. Allí los esperaban media docena de personas reunidas alrededor de una amplia mesa vacía; de fondo, en la sala, podía sentirse la insistente resonancia de unas tuberías en funcionamiento. A Mirko le hizo pensar en el eco del silencio submarino. En la última vez que buceó en el mar, y en si aquel recuerdo que emergía ahora de su conciencia le pertenecía realmente a él o no.

Una de las mujeres presentes tomó la palabra enseguida. Nos han descubierto, dijo. Tenemos que desarticular la Ínsula. Llevarla a otro sitio. Pese a que la mayoría de los allí reunidos conocían la noticia, se levantó cierto revuelo, unos se miraban a los otros, compartiendo gestos de duda, de temor y de desconfianza. Esta será nuestra última reunión aquí, dijo. Luego mantuvieron un coloquio sobre los peligros que los acechaban, acerca de las personas de las cuales debían protegerse. El Barquero está trabajando ya un nuevo camino, dijo alguien. Otros pronunciaron palabras de aliento. ¿Quiénes somos?, preguntó entonces Mirko, sin que nadie de los allí presentes le escuchara.

Más tarde, Mirko se encontraba solo, caminaba de madrugada sin pensar muy bien hacia dónde. Necesito la Ínsula, dijo justo antes de que pasara a su lado un hombre con quien, de repente, recordó haber ido de viaje, a quien de pronto recordó enfermo en la cama de un hospital. Fue a decirle algo, a abrazarlo, a sincerarse, pero el hombre pasó de largo sin ni siquiera dirigirle una mirada. ¿Quiénes somos?, dijo Mirko, en dirección a su casa después de titubear sobre el camino que debía emprender.